

Para decirle adiós a mamá



Darío Ruiz Gómez

Mamá había llorado toda la noche. A las cuatro de la mañana cuando ya no pude soportar su llanto en que en un solo tono de voz repetido y fastidioso hacía de lamento, me levanté y descubrí que sentada en el borde de la cama lloraba mientras rezaba el rosario. Su cuerpo inmenso y blanco resplandecía entre la azulada tonalidad de la penumbra. Se había bebido el vaso de leche pero no había querido tomarse el calmante que Rodrigo le había recomendado. Tratar de explicarle algo, de llamarla al orden, decirle que se acostara era imposible ya que al simple intento de decirle una palabra, echaba para atrás la cabeza, replegaba la papada y en sus ojos verdes ponía un tono neutro, casi despectivo. Vista así era tan lejana como una de esas mujeres que rezan en los templos vacíos.

De manera que ante aquello desaparecía en uno, como por encanto, todo afecto inmediato; y allí enfrente únicamente quedaba la visión de una vieja mujer, los racimos amoratados de los brazos temblando al compás de los sollozos, lastimera es cierto pero vista más como una paciente de la cual no se sabe nada en absoluto que como lo que en realidad tenía que ser en ese momento: una madre abandonada. Pues Hipólito Jaramillo su esposo durante treinta y cinco años y padre de sus tres hijos se había marchado de la casa para no volver jamás. Esa era la evidencia que había encontrado no sólo por la clásica carta colocada estratégicamente para ser descubierta, además, en el momento preciso y en donde igualmente se debían leer los clásicos argumentos, sino porque vestidos, zapatos, lociones, habían desaparecido al regresar aquel domingo de la finca: ¿no bastó acaso para entenderlo el silencio aterrador que los cubrió al abrir la puerta? ¿Esa dolida oscuridad que inicialmente los llevó a pensar en lo peor, un crimen para no ir muy lejos?

Durante esos treinta y cinco años la vida de ambos se había enfrentado a muchos sinsabores y no de tipo económico hay que decirlo, pues Hipólito por razones de herencia paterna tenía tres fincas ganaderas y varios locales comerciales. Y aquel capital supo incrementarlo con la colaboración de Juan Pedro y Fabio los hijos mayores, abogado y economista respectivamente. Ella criada en los principios religiosos de una familia de Sonsón en la cual se contaban varios sacerdotes, desde el comienzo del matrimonio redujo su vida matrimonial a lo más estricto, el tener un hijo. Otra cosa, una caricia, un beso debían suponer para su alma piadosa de fervorosa católica algo así como un desacato a Dios, una condescendencia con el demonio. De manera que esa misma moral supo inculcarla a todos sus hijos e igualmente Hipólito supo respetar en silencio aquellas normas especiales nacidas después de un largo proceso histórico lleno de sufrimientos y renunciaciones. Virtudes que era fácil descubrir en el rostro de los abuelos, blancos, hieráticos, casi que se podían ver en sus manos los sabañones en los dedos gruesos, los pies húmedos, callosos, el

eco sordo de los largos inviernos en cuya monotonía parecía verse lejano el inusitado cambio que al cabo de pocos años había sufrido aquella fría y desapacible provincia, eso sí sin que para nada cambiara aquella virtuosa manera de contemplar la vida, de levantarse cada mañana a enfrentar a los demás humanos.

Y ese color de un verde intenso pero difuso a la vez, inquietante hasta la desolación, era pues el distintivo de aquella alma de mujer que había entrado en el siglo XX sin renunciar a ninguna de sus palabras, sin abandonar ninguno de los hábitos de aquellos abuelos, tal como si lo que en realidad hubiese querido —y ahí estaba ese caserón para atestiguarlo— negarse a aceptar el presente, quedarse a vivir en aquella arcadia mental donde ningún familiar pudiera estar expuesto a los extravíos de la actualidad. Y no es que esa autoridad se hubiera manifestado en castigos corporales, ya que bastaba la expresión de la cara, la sutil y rigurosa manera de hacer cumplir los ritos familiares para que hasta el más despistado de los hijos terminara por plegarse a aquel orden marcial, baño a las seis de la mañana, rezo del rosario siete de la noche, etc. De modo que en algún lugar del corazón de aquellos niños, había quedado impresa para siempre la visión de aquella oscura casa, las lánguidas luces, el aire triste de los patios, el silencio roto apenas por una risa infantil tímida y condescendiente, tal vez algún rumor perdido y, exactas, las campanadas de la iglesia de San Ignacio.

“¿Soy cristiano?” “Sí, por la gracia de Dios”. En el lívido color de aquel aire toda luz verdadera parecía condenada. Y de esa agónica transparencia surgía la figura de una mujer joven, una adolescente blanca y sonrosada que llevaba en las manos una bandeja con los platos de la comida. Y en la dispersa memoria de los hombres de hoy vive la sonrisa de ese rostro pulcro, al apagar las luces en la noche, al colocar la ropa en los armarios, olorosa su ropa a limpio, apenas con algunas palabras para insinuar algo, para dar a entender a los aterrados párvulos que una pizca de bondad quedaba en el mundo. De manera que de su mano venían también las camisas, los pantalones, los calcetines y los zapatos brillantes. Su rostro níveo bajo esa luz de la infancia es ahora el rostro de un hada en medio de aquel frío ambiente; un susurro, los labios finos que cantaban extrañas y remotas canciones que llegaban hasta el sueño de los niños y los llevaban hacia palacios y albercas, altas y doradas montañas, inquietantes alamedas en cuyo final estallaba, sin embargo, la más familiar de las luces.

Mamá continuaba sollozando y su desolación seguía siendo helada, totalmente ajena al interés con que sus hijos trataban de consolarla. Ester trajo una taza de manzanilla y volvió a insistir en que se tomara el calmante que aún estaba sobre la mesa de noche. Al moverse en un gesto

de desagrado, el rosario se desprendió de su mano y cayó al suelo con un ruido tintineante. Ester tuvo que agacharse y entregárselo de nuevo. Al recibirlo, mecánicamente empezó otra vez a susurrar la misma oración, moviendo los labios que decían palabras sin eco alguno, sin sentido alguno, heladas como el aire que definía su piel, que hablaba de su pasado, de aquellos antepasados a los cuales parecía haber convocado en ese momento de suprema tristeza. La primera claridad de la mañana asomó, descubriendo casi con crueldad, aquella escena donde la actitud de unos y de otros reflejaba la incertidumbre de la espera.

Ella ni siquiera sollozaba realmente y más blanca aún en esa claridad recordaba una figura de mármol puesta sobre la tumba de alguien en un olvidado cementerio. Hizo señas de que quería ir al baño y Ester tuvo que llevarla casi en vilo, como si aquel descubrimiento de la luz, la certeza de la huida le hubieran paralizado ambas piernas: antes que el ruido de un automóvil fue entonces el ruido de sus meados lo que introdujo un sentido a aquella mañana en que el rastro de Hipólito Jaramillo había desaparecido para siempre: su retrato colocado sobre la mesa de noche era ahora el rostro de un antiguo visitante. Y ¿quién se atrevería a decir que en esa cama había dormido durante años? ¿Quién podría imaginar allí cualquier intimidad? ¿Y quién podría pensar que allí de espaldas había fraguado su retirada ante el llamado de la vida?

En la habitación además nada parecía haber acontecido, así de intemporal se sentía el ambiente: por la cama de comino crespo, por las mesitas, por el escaparate que parecía observar desde una penumbra fría. Allí llegaban entonces las manos gruesas pero no vulgares, el rostro susurrante que destendía la cama, que dejaba sobre cada mesa de noche un vaso de agua y colocaba sobre la cama las dos pijamas. Seguramente en la mañana recogiendo la ropa sucia, tendiendo la cama, brillaría ella el vidrio de aquel retrato donde Hipólito Jaramillo con una mirada llena de picardía se había detenido en el espacio de esos años en que la infancia de aquellos muchachitos empezaba a golpearse contra las primeras evidencias de la vida. En que las frías luces de la casa se iban fijando sobre las sienes tiernas como una imagen ya imborrable y a través de la cual el mundo seguiría teniendo una perspectiva desolada, tal como si el ejercicio espontáneo de una sonrisa, de una alegría estuviera desterrada también para siempre.

Tímidamente aquella figura fue introduciendo en el ambiente helado un toque de dulzura y de este modo cruza por la mente a través de los años, siempre la misma, siempre su mirada quieta, sin palabras que llegaran a limitarla definiéndola, presentándola como una vida más y no como la imagen intemporal que seguía siendo porque al recordarla incluso en el presente seguía siendo la misma que los había visto crecer y llegar al pri-



mer pecado sin que al parecer nada hubiera cambiado en el interior de aquel maravilloso organismo: ¿qué había allí después de la cocina? ¿Allí donde su intimidad se resguardaba de todas las miradas? En este instante la penumbra de un corredor, el bombillo solitario y después el espacio sin nombre donde cada noche se perdía y donde debía ser otra en su quietud, en la manera de atraer los sueños y conservar intactos los colores, el sabor de las cosas, preservar su pasado.

Después llegó Fabio, precedido casi del olor a una pésima colonia. Y al hablar sin preámbulos afirmaba con tono franco lo que aquella situación le planteaba a él y a su familia, tal pues como si no se tratara del problema de dos almas que jamás llegaron a conocerse sino de un problema político cuyas consecuencias en el orden social eran impredecibles, ya que hasta ese momento desconocía las repercusiones que el acto de Hipólito podría tener en los negocios familiares, si es que, por ejemplo, Hipólito había decidido también renunciar a esos negocios, lo que insinuó enarcando las cejas y poniendo la mano sobre el hombro de su mujer. La esposa, Trina quien hacía gestos de supuesta desesperación, abría los ojos recorriendo cada cosa, cada porcelana como si pensara que algo faltaba, que Hipólito había roto también aquel orden de cosas, que, uno de esos objetos incorporados a la costumbre de la casa había desaparecido y estaría ahora en aquellas manos que lo mancillaban. Fue ella quien entró a la pieza del servicio y empezó a rebujarlo todo hasta que regresó iracunda con una foto de Hipólito sonriente como siempre. Lo que indicaba que durante todos esos años de aparente y fría calma, de mustia cotidianidad, él había ido desarrollando su estrategia, ya que en la foto aparecía de chaleco y sombrero y poniendo gesto de joven vividor, detalle que indicaba una temprana y vigorosa identidad, una radical confianza mutua para estar allí resistiendo los silencios, los pequeños ultrajes. Descubrimiento que en la cabeza de mamá debió resonar como el golpe seco de un badajo: ¿cómo habían logrado mantener el secreto durante tantos años? ¿Cómo no había logrado ella descubrir siquiera un gesto de complicidad? Volvió a meterse entre la cama y se cubrió la cabeza con la sábana. Nadie sin embargo movió un dedo para consolarla ya que todo pareció tan mecánico que no llamó a compasión alguna.

Tal vez porque esa frialdad había sido su línea de conducta respecto a Hipólito y los hijos: que cada quien al enfermarse se bandeara por su lado. De manera que en aquellos años en que la fiebre anuncia las primeras dudas, en que el espacio grávido de la adolescencia irrumpe a las lágrimas, nadie había estado allí para acompañar perplejidades y terrores, fuera de aquel rostro que un milenar candor iluminaba, rostro sin voz pero que llevaba a la serenidad y la confianza. Pero a la vez un rostro sin familia, sin pasado conocido. De ahí que al recordarlo viniera hasta el presente en su verdadera dimensión: casi etéreo, solamente la

mano que tocaba la frente o colocaba unos zapatos, solamente el vaso con leche en las primeras y furtivas borracheras. No era más y por eso había llegado de nuevo a los ojos de aquellos dos hombres que ahora se miraban poniéndose inconscientemente de acuerdo sobre lo que debía hacerse, y a quiénes en verdad unía aquel momento que había regresado para hacer ver la vida del pasado de una manera más clara. Pero con esa claridad que no aceptamos de comienzo ya que las costumbres, la inercia del tiempo se han filtrado en nuestros huesos y el miedo de aceptar la realidad que llega de repente es más poderosa que cualquier razón por justa que ésta sea.

De este modo al hablar alguien del desayuno se logró esquivar por el momento aquella incertidumbre en que ambos habían quedado, esquivar la proximidad de esa figura que había regresado a ellos en el recuerdo vivo como la única imagen de su propio pasado. Ella, mamá, dejó que su voz se escuchara destemplada e hiriente ya que en aquella particular medida del dolor que vivía habían hecho irrupción todos aquellos tedios, aquellos fríos inviernos de su lejana niñez, las oraciones yertas, la ausencia de alegría. La débil sombra del armario hacía más pétreo aún su rostro de pastora y en el aire fresco de la mañana las palabras adquirían la resonancia de un papel que se desgarraba lentamente.

Hasta que cada uno de ellos logró entender que no era dolor lo que ella sentía sino un rencor profundo al imaginar que ahora los pasos que su marido estaba dando eran en verdad una reconciliación con el mundo y que por mucho que tratara de imaginarse nunca lograría ubicarlos en algún lugar exacto, viviendo en un sitio diferente a esa mustia habitación en donde ahora sus palabras convocaban a un pasado de tristezas, un agobio, un rezo monótono con el cual supuestamente ella agradecía a Dios el ser tan puros y tan comedidos, el ser virtuosos.

Afirmaba esto haciendo sonar el rosario al pasar un misterio, al elevar el tono de voz en el comienzo de la oración, invitándolos a hincarse, a seguirla en aquella supuesta práctica piadosa. Pero había algo en la frialdad de sus carnes, en la distancia que establecía su gesto que los mantenía mudos y alejados de aquel exorcismo. Y parecía verse a través del silencio de que todo se había revestido y donde mentalmente cada uno de ellos se había abstraído de los ruidos del día, el comedor bañado por el sol y aquellos muchachitos inclinados sobre la taza de chocolate, antes de que la joven mujer llegara para llevarlos a la plazuela. Y era el poder de ese recuerdo lo que hacía menos áspera la atmósfera del cuarto, aquella serie de objetos que, singularmente seguían siendo fieles a su dueña y que fríos, mantenían una recóndita solidaridad con aquella vieja mujer que sollozaba.

De pronto, al correr Fabio una cortina, la intensa luz del día recobró la

dimensión solitaria de los objetos, hizo más tristes aquellas pequeñas penumbras donde habían ido a refugiarse los restos de ese pudor de madre herida. Y ahí se hizo más perentoria la ausencia de aquella mano cuyo calor confería otro sentido a los objetos, hacía más resplandecientes las superficies de madera, de cristal y menos alejado del mundo real aquel espacio de la casa donde estaba ella ahora. ¿A qué orden de cosas confería su calor? Hasta la mirada de Trina pareció acusar esa pregunta que instalada en el ambiente ya se había quedado para siempre en el corazón de todos ellos. Y al hacerlo comenzaron a imaginar la ciudad que vivía bajo la luz resplandeciente, muros, sombras tenues, ese lento y casi dulce transcurrir de las horas cuando la calidad del sol impone al universo su poderosa pauta: uno ve la enredadera derramada sobre el espacio de la calle, escucha el zumbido de las abejas y sobre todo el paso de ese río sin nombre cuyas aguas cruzan dentro de nosotros, únicamente en instantes privilegiados, como aquel en donde la pregunta que había brotado de repente y la luz abstracta de un día que no obedecía al calendario los había hecho recuperar el espacio de los días anteriores, allí donde estaba el único dato significativo de sus vidas.

Pareció entonces como si la intrusa fuera ella. Porque se vio tan alejada de las cosas, tan poco referenciada hacia la historia sentimental de aquel lugar, que ya verdaderamente nada en ella llamaba a compasión. Y si Trina se acercó a ella y le hizo sorber un poco de tizana fue ante todo respondiendo a uno de esos gestos caritativos que se tienen con cualquier persona desvalida ya que en esa claridad quienes vivían ahora eran Hipólito y Graciela, ya que el misterio se había desvelado y todas aquellas noches a oscuras de la adolescencia habían adquirido un sentido preciso: de este modo también esa vieja casa había comenzado a derrumbarse, por fin hasta los muros habían entendido que era necesario obedecer a la inexorable ley de la vida y que con la huída de Hipólito y Graciela todo aquéllo había perdido ya su significado para la misma ciudad, si es que acaso había tenido alguno para ellos, si es que alguno de ellos volvería a acordarse de aquellas penumbras heladas, de aquellos muros sin calor.

Esa sensación de un pasado muerto, esa evidencia de la nueva ciudad, casi los llenó de espanto, la presencia de objetos que nada tenían que ver con el presente, aquellas penumbras doloridas donde jamás había estado la alegría, donde los recuerdos verdaderos se pudrían. La sensación plena del día, la visión de esa otra ciudad radiante logró hacer que por un segundo Hipólito y Graciela mostraran el lugar donde ahora vivían, su presente, no pues su dirección que nadie estaba interesado en hallar, sino el espacio al cual habían empezado a conferir sus sueños y caídas.

Mamá había dejado de llorar, como asombrada de la luz, y como regresando del único recuerdo milagrosamente feliz de su vida, se levantó de la cama y abrió el escaparate y empezó a sacar la ropa que iba a ponerse para, por fin, marcharnos de allí definitivamente.